

les como en los sermones que hacia, en los cuales seguía un estilo llano, con palabras castizas y sencillas; pero de muy vivas razones y eficaces, que convencian y rendian á los oyentes. Y cuando predicaba, no se embarazaba en que hubiese poca ó mucha gente, porque con el mismo espíritu predicaba á pocos y á muchos, y decia que, pues el Angel de nuestra guarda, por hacer la voluntad de Dios, se contenta con un solo oyente, lo mismo debe hacer el predicador en sus pláticas y sermones. Insistia mucho en que cada uno acudiese á las obligaciones de su estado y oficio, y enseñaba el modo con que se deben hacer las cosas más ordinarias y caseras que están á nuestro cargo, poniendo en esto el aprovechamiento y perfeccion, y no en otras cosas extraordinarias.

Alababa mucho á S. Diego de Alcalá, que era de los Frailes Menores, y á otros santos religiosos, que por medios ordinarios y por el comun medio de proceder de la religion, y siendo porteros, cocineros y haciendo otros oficios de su estado y profesion, habian alcanzado tan gran santidad y perfeccion.

Desde que era mozo predicaba cosas serias y graves sacadas de los Doctores Santos, y mucho más de la oración, en la cual comunicaba con Dios nuestro Señor todos sus conceptos, procurando sentir y poner por la obra lo que habia de predicar á los otros por palabras; y así todas las personas que le trataban se arraigaban en la virtud, y venian á ser personas ejemplares y de mucho trato con Dios, y no ménos los de fuera que los de la misma Compañía.

Como él trataba tan familiarmente con nuestro Señor, y estaba tan dentro de sí, de la composicion interior de su alma redundaba en su cuerpo una modestia y serenidad exterior, con la cual movia y aficionaba á toda virtud á los que le comunicaban, y á este espíritu exhortaba á todos. Y así preguntado una vez de un Padre que dejaba de ser Superior, y se iba de una casa á vivir á otra, cómo ocuparia el tiempo, le respondió: «Haciendo dos cosas; obediencia y oracion.»

Lo que él hacia en esta parte, lo escribió al P. Juan de Cañas en una carta en que le dice estas palabras: «El modo que yo deseo tener en mis ejercicios espirituales es este: Por la mañana ejercitarme hé en la contrición de mis pecados pasados y presentes, conforme dice la Escritura santa: *Iustus cor suum tradidit ad vigilandum diluculo, aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur.* Y despues llegaré á decir Misa, *in spiritu humilitatis et in animo contrito*, á recibir el rescate para pagar las deudas de mis pecados y ser reconciliado con Dios. Despues de la Misa daré gracias á Jesucristo por haberme reconciliado con su Padre, y hecho uno consigo por el Sacra-

mento de la Comunión, y despues procederé en el día con la imitacion de sus virtudes, y particularmente en el celo de las almas, rogando á Dios por ellas, y ayudándolas en lo que yo pudiere y se ofreciere. Al fin del dia disponerme hé, como si en aquella noche hubiese de acabar mi vida, y desearé que llegue la hora en que, librándome de este cuerpo mortal, salga para emplearme con todas mis fuerzas en alabar á Dios, *et fieri similem ei.*»

Todo el tiempo que pudo, decia Misa cada dia con grande devocion y ternura, y con tanta abundancia de lágrimas que algunas veces le interrumpian y no le dejaban pasar adelante.

Su oracion de todo el año era como un círculo, comenzando unas veces en sí y acabando en Cristo, y otras veces comenzando en Cristo y acabando en sí, y con esta continuacion juntaba siempre la mortificacion, y decia que este espíritu es muy seguro y muy propio de la Compañía, y tenia por sospechosa la oracion que no se acompaña con la mortificacion. Y así, preguntado de una persona qué camino seria bueno para ser un hombre espiritual, él sonriéndose respondió que si queria otro Evangelio, pues sabia que Cristo nuestro Señor habia dicho: *Tollat crucem suam, et sequatur me*, esto es: *Tome su cruz y sígame*, y no habia para qué buscar otros caminos.

Esto hacia, en esto insistia, este era su único y continuo estudio de mortificarse, y mientras tuvo salud y pudo, hizo penitencias exteriores; mas cuando se vió impedido para hacerlas por sus muchas y graves enfermedades, decia á nuestro Señor: «Dad vos la disciplina, que yo diré el *Miserere*;» y tenia por mejor penitencia y mortificacion la que nuestro Señor daba, llevándola con paciencia y rendimiento de juicio, que la que se toma por devocion; porque en estas hay algun peligro, ó de amor propio, ó de vana complacencia: conforme á este sentimiento le ejercitó nuestro Señor en trabajos continuos, enfermedades graves y dolores casi perpétuos.

Tuvo frios y calenturas muy ordinarias desde edad de veinte años, sin que por eso dejase las ocupaciones y trato de espíritu. Fué fatigado del dolor de hijada, y los diez y seis años últimos de su vida padeció mucho de la gota, estando muchas veces tendido en una cama, sin haber apenas miembro que no le fatigase, y otras apretándole tanto que no podia menear pié, ni mano, ni cabeza.

Este mal, finalmente, le acabó, habiéndole tenido casi tres años continuos tendido en una cama sin poderse menear ni volverse á un lado ni á otro, sino siempre de espaldas; y sufriólo todo el siervo de Dios con tanto ánimo, paciencia, consuelo y júbilos del cielo, que bien se echaba de ver que el mismo Señor que le daba los dolores, le daba tambien fuerza para llevarlos, y era con él en aquella tribulacion. Y con estar tan dolorido y consumido, al-

gunas veces hacía que le vistiesen y que le llevasen en una silla á oír Misa á la capilla de los enfermos, padeciendo en esto graves dolores por oír Misa, y cumplir, cuanto le fuese posible, con el precepto de la Iglesia.

Era tanto su fervor y amor á la penitencia, que no contentándose con la que Dios le daba, él la hacía en cuanto podía: cuando no se podía menear ni aún en la cama, tomaba la disciplina con sus manos gafas y sin fuerzas, y dándose como podía en las espaldas con ella, decía á Dios: «Señor, hago lo que puedo.»

Guardó también estrechamente las Cuaresmas y los demás días de obligación, absteniéndose (con tener tanta falta de salud) de comer carne, en tanto grado que, pocos días ántes que muriese, preguntó si era viérnes, para comer lo que los otros, y no como enfermo que por horas se estaba muriendo.

Rezó casi siempre las Horas canónicas, ayudándose á ratos de quien le volviese las hojas del breviario: y era en esto tan exacto, que el día que le dieron la Extremaunción, estando durmiendo y casi fuera de sí, se advirtió que rezaba de memoria la Horas menores.

Preguntándole estos últimos días si deseaba morir para acabar con tantos trabajos, respondió que no, sino pedir á Dios más y mayores. Otra vez dijo que deseaba mucho ver á Dios, pero no que se acabasen los dolores.

Finalmente, estando ya muy flaco, exhausto y consumido, y con la piel pegada á los huesos, sintiendo este insigne varón que se iba acabando, dos días ántes de su muerte se confesó más despacio con su ordinario confesor, y recibió el Santísimo Sacramento por Viático y despues la Extremaunción, y como por la última despedida, dijo á los Hermanos que allí estaban: «Dios los bendiga, para que le sirvan y alaben,» y en presencia de ellos, á los veinte y uno de diciembre, día de santo Tomé Apóstol, á la media noche del año de 1602 y á los setenta y cinco de su edad y cuarenta y nueve de Compañía, dió su bendita alma al Señor.

Acudieron á su entierro todas las Religiones, y Cabildo eclesiástico, y muchos caballeros, y gran número de gente que, subiendo á la pieza donde estaba el cuerpo difunto, con particular devoción y lágrimas le besaban los pies y las manos, y le cortaban lo que buenamente podían del vestido.

Fué parecer de hombres graves que aquel entierro no se debía celebrar con luto y pompa funeral, sino con música y flores; y así rodearon el cuerpo de ellas y adornaron con azucenas, quizá con más misterio de lo que entónces juzgaron, por la pureza que perpetuamente conservó.

Con haber pasado diez y seis horas despues de muerto, tenía las manos flexibles y tratables, que en vida con los dolores de la gota se le habían tor-

cido y añudado los dedos y secado en gran parte; pero á la hora de la muerte se le pusieron las manos no sólo blandas y tratables, pero tan blancas y transparentes que á todos convidaban se las besasen.

Celebró é hizo el oficio por su devoción la Capilla de la catedral. Depositóse el cuerpo entre el altar mayor y la reja de comulgar en una caja de madera con cal.

Muchos monasterios mostraron el afecto que le tenían, doblando por él y haciéndole decir Misas cantadas con mucha solemnidad, y despues la Congregación mayor le celebró por sí las exequias con grande aparato y concurso, oración fúnebre y sermón, que predicó uno de los Doctores y Catedráticos de Teología. Aunque todos estaban satisfechos de la gran santidad de este siervo de Dios, sin dudar de que gozaria de su gloria; con todo eso nuestro Señor se sirvió de manifestarlo, con revelárselo á una persona digna de todo crédito.

El tiempo que gobernó en las Indias y despues, mostró mucha estima del ministerio de los indios: y decía que aunque los Superiores deben ser padres para todos sus súbditos, mas que con los ministros de los indios se deben haber como madres, porque sirven los tales á Dios nuestro Señor y á la Compañía, con más incomodidad y con ménos aplauso vano. Y añadía que para ejercitar bien este ministerio, era menester una muy sólida caridad de Dios y del prójimo, porque sin ella no se podían llevar tantos trabajos y peligros, ni la gente de aquellas tierras tenía de suyo cosa que se pudiese apetecer.

Algunos avisos dejó el santo Padre, que andan en manos de muchos, para alcanzar los de la Compañía la paz de su alma, entre los cuales son los que se siguen:

Nunca decir gracias vanas.

Decir bien de todos.

No porfiar mucho.

Entre muchos hablar poco.

No remedar á otro, ni hacer burla de cosa que diga ó haga.

Hacerse todo á todos.

Nunca hablar de cosa suya, de que se le pueda seguir loa.

No ser entrometido ni fácil en dar su parecer.

Descubrir todas las tentaciones al Superior.

Andar siempre en la presencia de Dios.

Imaginarse siempre siervo de todos, y en los otros considerar la persona de Cristo nuestro Señor.

Nunca dilatar cosa buena para otro día.

Nunca hacer cosa por vana gloria, sino por solo Dios.

Echar todas las cosas á buena parte.

Rogar todos los dias por toda la Compañía, y particularmente por el Padre General, por los otros Superiores y por los oficiales de aquel colegio en que vive.

P. NIEREMBERG.

P. JERÓNIMO RAMIREZ

NACIÓ el P. Jerónimo Ramirez en la ciudad de Sevilla, de padres honrados, año de 1557.

Crióse desde muy niño en casa de la Duquesa de Alcalá, y por ver su mucha virtud y buena inclinacion, lo dió al Obispo de Cádiz D. García de Haro, deudo suyo, donde estuvo bien estimado, hasta que le envió á Córdoba á estudios mayores.

En estas escuelas dió desde luego raro ejemplo, no sólo de virtud ordinaria, sino de persona que á todo rigor caminaba á la perfeccion. Los ejercicios de mortificacion, penitencias, disciplinas, cilicios, eran muy ordinarios; la oracion muy frecuente, en que era muy regalado de nuestro Señor.

Sus salidas al campo los dias de vacacion eran á fervorizar su corazon, con otros compañeros tales que buscaba, y ellos buscaban á él, con quienes entretenia la tarde en divinas alabanzas en sus criaturas, en que se enternecia y abrasaba de suerte que todos los estudiantes que trataban de virtud, se le llegaban, pendian de su boca y consejo, y procuraban su comunicacion.

No se quedaba en palabras la devocion del muy fervoroso mancebo, porque de ellas pasaba á las obras, y salia encendido para las de mortificacion y humildad, que en este tiempo ejercitaba.

Sustentábalo el santo Obispo con todo cuanto habia menester, y fuera de eso gozaba un beneficio de la iglesia de Tarifa; pero él por mortificarse é imitar en algo la pobreza de Cristo nuestro Señor, iba algunas veces á los conventos y porterías de religiosos con su escudilla como pobre, á comer con los demas de la limosna que allí se da. Y tenia tanta estima de los pobres, en quienes está representado Cristo, que, un dia festivo de los santos Patrones de Córdoba S. Acisclo y Sta. Victoria, pasando por la calle donde estaba un

pobre pidiendo limosna con demostracion de una pierna llagada y manando podre; llevado del fervor de su devocion, se hincó de rodillas y se la besó, y bañó sus labios de aquel asqueroso humor. Esta accion del virtuoso mozo admiró á algunos que lo vieron.

A este paso iba edificando lo demas de su modestia, recato, sufrimiento y paciencia en las ocasiones que se le ofrecian, todo el tiempo que le duró estudiar en Córdoba, que fueron dos años ántes de entrar en la Compañía, donde se puede decir, que ántes de entrar en ella era ya varon perfecto, y despues, en el tiempo de su noviciado y estudios, prosiguió con tan grande constancia en caminar á la perfeccion, que todo su cuidado del H. Jerónimo era amoldar su vida á la que enseña el libro de oro del *Contemptus mundi*, que no dejaba de las manos para su leccion espiritual. Y siendo así que todo el libro enseña la nata del espíritu y perfeccion evangélica, es muy notado el cap. xxv del lib. 3.º, que trata de la extremada perfeccion de cuatro cosas: el fervoroso Hermano preguntó una vez á su maestro en Teología P. Ignacio Yañez, que cómo podia ser que estuviese tal perfeccion en aquellas cosas, porque él era un imperfecto y malo, y por la bondad de nuestro Señor se hallaba con aquellas cuatro cosas: y esto lo confesaba con tanta sinceridad, que admiraba á los que lo supieron.

Su vocacion á la Compañía fué maravillosa, porque se le apareció de repente un hombre muy venerable, que le dijo se entrase religioso de la Compañía de Jesus, porque esa era la voluntad de Dios. Con esto entró en la Compañía el año de 1577, siendo de edad de veinte años, donde vivió los cuarenta y tres con notable perfeccion y santidad.

Desde su noviciado tuvo nombre de gran religioso, devoto, humilde, obediente, muy recogido y amigo del silencio, y con él sabia juntar á sus tiempos el trato apacible y afable con todos. Sus pláticas ordinarias eran de Dios, para que tenia prevenidos ejemplos de dichos y hechos de santos y cuentecitos para este intento.

En lo que más pareció señalarse fué en el ejercicio santo de la oracion; porque no contentándose con tener las horas señaladas, se levantaba á tenerla una hora ántes de la Comunidad, y todos los ratos que podia hurtaba al tiempo, no faltando á lo que era obediencia, para darlos al trato con nuestro Señor. Y aún cuando iba de camino no se olvidaba, por cansado que estuviese, de este su amado ejercicio, ántes entónces se daba más á él, llevando siempre consigo un pequeño Crucifijo, que en viéndose á solas sacaba, y con él eran sus coloquios y entretenimientos tiernos, porque fué siempre devotísimo de la Pasion de nuestro Señor, con quien hallaba consuelo en sus trabajos, y no ménos lo fué de la Santísima Virgen, á quien siempre tuvo por Madre.